

CIFRAS DE UNA VICTORIA ANUNCIADA*

Por Lorenzo Meyer**

Entre 60 y 65% para el PRI, entre 15 y 20% para el PAN y menos de 10% para el PRD. ¿Las cifras anteriores son meras predicciones basadas en encuestas o un adelanto de los resultados oficiales del 18 de agosto? En los momentos en que sucede lo increíble en Rusia --elecciones presidenciales competitivas que dan la

victoria a Boris Yeltsin, el candidato de oposición--, en México se nos pide prepararnos para algo igualmente increíble, pero en el sentido opuesto: el triunfo aplastante del partido de siempre, el retorno a la "normalidad" del pasado: ¿aquí todo cambia para seguir igual?

Los porcentajes citados fueron los pronósticos que Luis Donald Colosio, líder formal del PRI, dio a conocer la semana pasada en Nueva York en relación a la distribución que supuestamente tendrán en México las pre-

* Artículo originalmente publicado en el diario *Excélsior*, México, D.F., 19 de junio de 1991.

** Historiador, investigador en El Colegio de México.

ferencias políticas de la ciudadanía en las próximas elecciones federales. Sin embargo, y dada la naturaleza del sistema político mexicano, uno no puede evitar el preguntarse si lo que el líder priísta estaba dando eran no los pronósticos de unas encuestas, sino realmente **un adelanto de lo que, pase lo que pase en las urnas, serán los resultados oficiales de las próximas elecciones.**

No se necesita ser mal pensado para suponer que se trata de esto último, sino simplemente conocer la estructura del poder en México y el papel muy secundario que históricamente han tenido los procesos electorales en la selección de los personajes que han ocupado eso que con sentido del humor se ha dado en llamar "puestos de elección popular". El señor Colosio está al frente de algo que, todos lo sabemos, no es realmente un partido político a secas, sino uno muy especial, con adjetivo: un partido de Estado, de éstos de los que cada vez quedan menos en el mundo. Y todos sabemos también que ese partido está encuadrado en un sistema político peculiar: uno donde desde el inicio de su institucionalización en 1917, y hasta el día de hoy --74 años-- el resultado decisivo del proceso electoral --quién gana y quién pierde--, especialmente de los que tienen lugar a escala presidencial y de gobernador, ha sido altamente predecible. Tan predecible, que hasta antes del caso de Baja California en 1989 (cuando el candidato a gobernador del Partido Acción Nacional ganó la elección y se le reconoció su triunfo, NdlR), la predicción había sido acertada ciento por ciento. En efecto en México, una vez que se sabe quién es el candidato del partido del Estado para Presidente o gobernador, es muy fácil predecir sin necesidad de encuesta de ninguna clase, sin computadoras y sin ninguna otra cosa excepto el conocimiento de las costumbres políticas del país, quién va a ganar o, más bien, quién va a ser declarado ganador por las autoridades. En el caso del Poder Legislativo se puede tener la misma precisión sobre

qué partido tendrá la mayoría en el Congreso, aunque, hay que admitirlo, desde hace tiempo puede haber incertidumbre en casos individuales.

Pese a todo, los tiempos cambian, y este año hay ciertas dudas sobre los resultados de dos elecciones a gobernadores: la de San Luis Potosí y quizá, la de Guanajuato. El mundo político mexicano se está complicando, pero no mucho. Comparando nuestro país con el resto del mundo, la situación de todos aquéllos cuya fortuna depende de saber a tiempo quién será el nuevo gobernante, sigue siendo envidiable: desde que concluye el proceso de selección de los candidatos del PRI es posible predecir a quién favorecerá, en lo general, la votación, al menos oficialmente. Es por eso que la declaración del señor Colosio en Nueva York bien puede tomarse como una aproximación bastante exacta de cuáles serán las cifras que se anuncien la noche del 18 de agosto próximo.

Si, como se ha insistido, uno de los rasgos característicos de un sistema realmente democrático es la incertidumbre sobre el resultado de las consultas electorales --y por tanto incertidumbre en relación al grupo y al programa que guiarán las acciones gubernamentales-- entonces queda claro que el sistema político mexicano no tiene esa característica. Aquí, y excluyendo las excepciones que confirman la regla, la incertidumbre sobre el proceso electoral se reduce únicamente al margen de victoria que acompaña al anuncio rutinario de la victoria del partido del Estado. Sin embargo, en las elecciones que vienen y gracias al anuncio del señor Colosio, ese pequeño espacio donde aún se puede encontrar la sorpresa electoral ya fue ocupado por la certeza. En efecto, a partir del pasado 11 de junio ya sabemos que en agosto de cada 10 votos que oficialmente se acepten como depositados en las urnas, entre seis y siete lo serán para el PRI, dos irán cruzados por el símbolo del PAN y cuando mucho uno para el PRD.

En realidad, las revelaciones del PRI en Nueva York no deben haber sorprendido a ningún observador sis-

temático de la realidad política mexicana. Desde hace ya un buen tiempo las altas esferas gubernamentales --es decir, no las del PRI, sino aquellas donde realmente reside el poder-- venían preparando el terreno para que la aplastante victoria priísta que se anunció en agosto no cause ya ninguna sorpresa, sino sea tomada como una mera confirmación de una verdad largamente anunciada. Y el mensaje que empezaron a enviar era precisamente el que el señor Colosio acaba de dar de manera pública e internacional.

Las cifras de la victoria anunciada significan que en agosto el PRI habrá recuperado su nivel histórico de apoyo ciudadano, es decir, que para propósitos electorales, 1988 no dejó ninguna huella importante, que lo sucedido hace tres años --cuando el PRI dijo haber logrado el 51.1% de la votación para diputados-- no fue un hito en la historia política del México posrevolucionario, sino un mero tropiezo del que a partir de agosto sólo quedará el recuerdo. Si en 1985 el porcentaje nacional de votos para el PRI en las elecciones de diputados fue de 64.8%, entonces lograr en 1991, 65% como dicen los "pronósticos" oficiales, sería mostrar a todo el mundo que la normalidad política ha retornado a México, que la herida sufrida por el "partido casi único" ha sido restañada. En una ocasión Carlos Monsiváis afirmó que el gobierno salinista no ha parado en su esfuerzo por ganar las elecciones de 1988. Bueno, todo indica que por fin se propone poner punto final a ese esfuerzo.

El supuesto del que parten el gobierno y el PRI para anunciar desde ahora la espectacular victoria que tendrá lugar en escasos dos meses, es que detrás de ella no hay una acción autoritaria, sino una lógica muy clara e inobjetable, y que se puede resumir así: "Lo que es bueno para la General Motors de México es bueno para los mexicanos todos", sin distinción de clase. Es verdad que hasta ahora, y pese a la anunciada recuperación económica, ésta sólo ha beneficiado a los pocos, es decir, a los que han tenido los recursos y han estado en la posibilidad

de aprovechar el impulso que se ha dado a la economía de mercado. Sin embargo, lo que el PRI va a vender este agosto como base de su supuesta inevitable y espectacular victoria, no es aún el cambio real en los niveles de vida de la mayoría de los mexicanos, sino simplemente la promesa de que ese cambio llegará y la mayoría --los asalariados, los empleados por su cuenta, el comerciante y el industrial en pequeño y el profesional-- podrá cosechar algunos de los beneficios que por ahora sólo han recibido los pocos. La promesa neoliberal es que, a la larga, todos nos vamos a beneficiar --unos mucho más que otros, desde luego, pero eso no resulta conveniente decirlo-- del buen resultado de haber pagado puntualmente la enorme deuda externa, de la privatización a rajatabla, de la lucha sin cuartel por integrar a la economía mexicana con la de los poderosos vecinos del norte, etcétera. Mientras ese gran futuro llega --el ingreso de México al primer mundo-- debemos de conformarnos con cosas mucho más modestas y que son lo único tangible: una baja en la inflación y, desde luego, *Solidaridad*.

El cambio en las tendencias inflacionarias y las acciones de *Solidaridad* --dos hechos significativos pero no espectaculares-- son los elementos reales sobre los que el gobierno ha montado la lógica de su supuesto gran triunfo electoral, pero no sólo en ellos. Esa lógica también está sustentada en otros factores, tan o más importantes que los anteriores, pero de los cuales se habla poco en el discurso del gobierno y su partido. Uno es la desmovilización electoral. En efecto, las cifras de Colosio son creíbles sin un gran fraude abierto a condición de que en agosto

suceda en las zonas donde la oposición triunfó en el '88 algo similar a lo que aconteció en las últimas elecciones del Estado de México o de Morelos: una gran abstención. En efecto, en el Estado de México el PRI ganó 58.6% de los votos, pero fue 58.6% de apenas 31% de los empadronados, lo que significa que por el PRI sólo cruzaron su boleta 19% de los empadronados, y no todos los ciudadanos decidieron empadronarse. En Morelos el abstencionismo fue superior a 80%.

En la desmovilización electoral está la explicación --el secreto-- de una victoria priísta "como antes". Y esta desmovilización, a su vez, se explica por al menos otros dos factores. Por un lado, el fraude sistemático de 1988 a la fecha ha tenido efecto en desalentar la participación de los ciudadanos más ajenos a la cultura política moderna, o sea a los más inseguros en su reacción contra la tradición autoritaria secular: los jóvenes y las clases subordinadas que son, también, la mayoría de los votantes. El otro factor es la incapacidad de quien causó la mayor conmoción en 1988 para penetrar y movilizar a sus efectivos y potenciales votantes: el PRD, que sigue sin cuajar como partido y como proyecto alternativo, absolutamente dependiente de un solo factor para movilizar al electorado: la figura del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, que en las elecciones de agosto no será candidato a puesto alguno.

En conclusión, mientras la política mundial se renueva la mexicana parece retornar a sus orígenes y mantener su característica central: un presidencialismo apoyado en un partido de Estado y todo lo demás es lo de menos.

“En una ocasión Carlos Monsiváis afirmó que el gobierno salinista no ha parado en su esfuerzo por ganar las elecciones de 1988. Bueno, todo indica que por fin se propone poner punto final a ese esfuerzo”